

bernos enviado vuestro Hijo! ¡Gloria á Vos, Hijo divino, por habernos cedido vuestra Madre! ¡Gloria, amor y bendición á Vos, ínclita María, porque no habéis rehusado la misión de salvar nuestro siglo, y de llevar á Dios las nuevas generaciones, ¡ay! sobrado extraviadas! Necesitábamos de Vos, excelente y generosa Madre, de Vos que sabéis tener piedad de los hombres, deteniendo el rayo y aplacando las iras celestiales. Vos debíais ser la devoción de estos últimos tiempos, en que acaso haya más que regenerar y que restablecer que en ningún otro.

Tenemos confianza en Vos, Señora; no desoíremos vuestro llamamiento, os bendeciremos, os amaremos, os invocaremos, ¡oh María! gran protectora nuestra, porque queremos ser fieles á la vocación de nuestro siglo.

PUNTO SEGUNDO.

Los saludables frutos que debemos obtener de este mes están resumidos en estas dos frases: 1.^a *Aumentar más y más nuestra devoción á la Santísima Virgen*; 2.^a *Adelantar en la práctica de las virtudes de que María nos ha dado ejemplo.*

Y desde luego, debemos aumentar nuestra devoción á la Santísima Virgen. Grande es nuestra devoción á María. La amamos, la imitamos, la invocamos empleando estos tres modos diferentes de rendirle culto cada día. Pero ¿no sospecháis, H. M., que no sea posible hacer algo más por la Señora? ¿Lleváis al más alto grado esas tres manifestaciones de vuestra devoción á la Madre de Dios, el amor, la invocación y la imitación?

1.^o AMOR. ¡Madre! No hay nombre más dulce al paladar y al corazón. Una madre es el tierno símbolo de la bondad, de la mansedumbre, de la abnegación, del sacrificio. Pues bien: María es Madre, Madre del Salvador, llamado justamente *primogénito* suyo (Luc. II. 7; y madre también nuestra, por cuanto la encarnación nos ha elevado á todos á la dignidad de hermanos de Jesús. Siendo nuestra Madre, es asimismo, por una feliz y necesaria consecuencia, nuestro refugio en las miserias, nuestra bienhechora en las necesidades, nuestra protectora en la desgracia, y nuestra abogada en el Tribunal divino. El Redentor nos concedió todos estos bienes juntos, por medio de aquella palabra fecunda que salió de sus divinos labios antes de exhalar el último suspiro. *Ecce mater tua*. Pero ¿somos hijos dignos de tal Madre por nuestro corazón, por nuestros sentimientos y por nuestro afecto? Amáis á la Santísima Virgen; á lo menos lo decís así, y vuestra presencia en este templo lo atestigua claramente; mas ¿cómo la amáis? ¿Hasta dónde llega vuestro amor? ¿La preferís á vuestra madre natural? ¿La queréis más que á vuestra familia, y sobre todos los honores y riquezas? ¿La amáis hasta sacrificar algo por su devoción, hasta sentir un ardiente celo por su culto, hasta comunicar ese mismo amor

á los corazones de las personas con quiénes tratáis? ¿No son sobrado fugitivos vuestros ímpetus de ternura? ¿No son demasiado pasajeros vuestros suspiros? ¿No es cierto que se apoderan de vuestra alma el cansancio y la tibieza en cuanto os separáis de la presencia de María? ¡Oh! Vuestro amor es efímero, es ligero como vuestra imaginación, inconstante como vuestro deseo.

Esforzaos, pues, H. M., durante el mes que va á principiar, en fijar este amor, haciéndole profundo é invariable. Ya que el Mes de María ha sido una inspiración del amor celestial, contribuyamos á que la devoción de este Mes encienda en nuestro corazón el más ardiente amor á tan cariñosa Madre. Sí, Virgen Santa, nosotros os amaremos más y más; cada ejercicio, recordándonos vuestra bondad y misericordia, hará más tiernas y amorosas nuestras almas, de manera que, en adelante, nuestras palabras al pie de vuestro altar, no serán otra cosa que un grito de amor.

2.^o INVOCACIÓN. Alabaremos á María durante el mes de Mayo con himnos y loores; cantaremos sus prerogativas y grandezas; saludaremos sus imágenes, y nos aplicaremos á engalanarlas como los ángeles, como el mismo Jesucristo adornan su trono en el empíreo. Escucharemos con placer lo que se nos refiere acerca de las maravillas que su poder realiza en la Iglesia, y sobre todo, formaremos un ramo de piadosos pensamientos, de santos deseos, de afectos llenos de elevación, de suspiros y plegarias; ramo que presentaremos á María, á fin de que lo acepte y lo bendiga. Nuestras súplicas á la Santísima Virgen han sido hasta aquí poco frecuentes, frías y no siempre espirituales; que sean durante este mes, y siempre en lo venidero, más continuas, afectuosas y santas, porque, oh poderosa Reina del Cielo, tenemos necesidad de vuestro auxilio para llegar hasta el trono de Dios.

3.^o IMITACIÓN. No es esta la primera vez que comenzamos los santos ejercicios del Mes de María; en los años precedentes también gustábamos de ellos, y concurríamos á practicarlos. ¿Pero qué frutos de virtud hemos recogido?

Desde lo alto de los Cielos nos dirige María Santísima la misma expresión que Jesús dirigía á sus discípulos: *Exemplum dedi vobis*. (Joan. XXIII, 15). Os he dado ejemplos para que los imitéis. Observad mi vida: mi infancia pasó en el templo; mi juventud y una parte de mi edad madura, en la oscuridad de Nazaret, hasta que sobrevinieron las angustias del Calvario y mi soledad en esta tierra de lágrimas. En todas mis situaciones os he suministrado ejemplo: *Exemplum dedi vobis*.

Las mismas enseñanzas, H. M., nos da particularmente el mes de Mayo. Los ministros de la divina palabra, siguiendo el espíritu de la Iglesia y de esta devoción, os hablarán en sus instrucciones acerca de los misterios de la admirable vida de la Madre de Dios, refiriéndoos un ejemplo en cada uno de los ejercicios: bajo tal concepto también podrán deciros: *Exemplum dedi vobis*. ¿Queréis, pues, haceros dignos de

la benevolencia de María? Poned los ojos en ella, y haceos semejantes á vuestro modelo. Una madre ama, por lo regular con más ternura, á aquel de sus hijos que más se le parece. El secreto de esta preferencia, que ella querría disimularse á sí misma, está en que descubre su propia imagen en el hijo á quien ama. Así pues, H. M., si deseamos ser los hijos privilegiados de María Santísima, copiemos en nuestra vida sus virtudes. Este culto es el más grato á su corazón, y el más provechoso para nuestras almas.

El mayor fruto que podemos sacar del Mes de María es *adelantar en las virtudes de que la Señora nos ha dado ejemplo*. Estas virtudes son de dos clases: 1.^a *virtudes teologales*; 2.^a *virtudes morales*.

I. VIRTUDES TEOLÓGICAS. 1.^a *Fe*. ¿Cómo imitemos la fe de María Santísima? No solamente en nuestras creencias, sino más aún en nuestras obras. Aquél cree verdaderamente, dice San Gregorio, cuyas obras están de acuerdo con su fe. *Ille vere credit, qui exercet operando quod credit*. Dices «creo» añade San Agustín; practica lo que dices, y tendrás fe: *Dicis Credo: fac quod dicis, et fides est*. La fe viva consiste en ajustar la vida á la creencia. Tal fué la condición de la fe de María. Conjurémosla que nos aplique los méritos de la fe, haciéndola esta súplica. *Adauge nobis fidem*.

2.^a *Esperanza*. Las Santas Escrituras apellidan á María Madre de esperanza. *Mater sancta spei*. La Iglesia la llama la Esperanza misma. *Spes nostra*. Aprendamos, pues, de la Virgen á confiar en Dios en el gran negocio de nuestra salvación, diciendo con el rey profeta: *Mihi autem adherere Deo bonum est, et ponere in Deo spem meam*. (Ps. LXXII, 28.)

3.^a *Caridad*. San Francisco de Sales llama á María Reina del amor. El amor divino, dice San Bernardo, penetra tan profundamente el alma de María, que nada queda en ella sin que se afecte á la presencia de este amor. Roguémosla, A. H. M., que nos comunique una centella de ese fuego sagrado en que arde por Dios.

4.^a *Espíritu de oración*. Después de Jesús, nadie poseyó el espíritu de oración en más alto grado que María, dice Alberto Magno. *Virtus orationis excellentissima fuit*. La Santísima Virgen amaba el recogimiento y el silencio de la soledad, sin que encontrara placer en otra parte que á la sombra del santuario. ¡Ah! ¡Cuán lejos estamos nosotros de parecernos á María en este punto! ¡Pidamos á la Señora su amor á la oración y á la soledad, que nos aparte de la tierra y de sus vanidades!

II. VIRTUDES MORALES. La Santísima Virgen practicó en supremo grado todas las virtudes. No pudiendo yo comprenderlas todas en esta ocasión, me limitaré á designar su *humildad*, su *pureza*, su *obediencia*, su *amor á la pobreza*, su *paciencia*, y su *caridad* con el prójimo.

1.^a *Humildad*. La humildad, dice San Bernardo, es el fundamento y guarda de todas las virtudes. *Humilitas est fundamentum custoque virtutum*. La Santísima Virgen, continúa el mismo Padre, se

muestra particularmente favorable á aquellos que se aplican á imitarla en esta virtud. Sea, pues, esta nuestra ocupación durante el mes de Mayo.

2.^a *Pureza*. A causa de su pureza fué María apellidada Azucena. *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias*. (CANT. II. 2.) Esta virtud, por lo mismo, debe sernos muy querida. Los castos vienen á ser ángeles: *Erunt sicut angeli Dei*. (MATTH., XXII. 20.) Invoquemos particularmente á la Reina de las vírgenes, si queremos conservar intacta en nosotros esta preciosa virtud.

3.^a *Obediencia*. La obediencia de María fué infinitamente más perfecta que la de todos los demás Santos. Por eso las almas obedientes agradan á la Santísima Virgen de una manera especial. Trabajemos, pues, durante el mes de Mayo, en adquirir esta virtud que nos proporcionará en todos los casos la benevolencia de Dios, y el aprecio de los hombres.

4.^a *Amor á la pobreza*. Nosotros, lejos de amar las privaciones, huimos, por el contrario, de ellas con todas nuestras fuerzas. La Santísima Virgen inspirada de lo alto, nos ha mostrado con su ejemplo que la pobreza es preferible á las riquezas, como manantial que es de merecimientos delante de Dios. Nutramos nuestra alma con estas máximas, durante el Mes que celebramos, sabiendo apreciar nuestra pobreza, y hacerla provechosa para nuestra salvación, considerando la pobreza de María en Belén y en Nazaret.

5.^a *Paciencia*. Toda la vida de la Santísima Virgen es un ejemplo continuo de paciencia; pero principalmente en el Calvario llevó esta virtud al más alto punto. *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus*. Estas palabras resumen todo lo que puede decirse de más convincente. La paciencia no es absolutamente precisa, siendo innumerables las ocasiones en que necesitamos ejercitarla durante la vida. Esforcémonos, pues, en perfeccionar esta virtud pidiendo hoy á María la gracia de llevar esta cruz animosamente como ella.

6.^a *Caridad con el prójimo*. Practicando la caridad cumplimos toda la ley. *Qui diligit proximum, legem implevit*. Esta es la virtud evangélica por excelencia, y la señal por la que quiere el Salvador seamos conocidos como discípulos suyos. La caridad de María se manifestó en su visita á Santa Isabel, en las bodas de Caná, y en el Calvario, donde nos adoptó por hijos suyos. ¡Dichoso aquel que se esmere en imitar su caridad! Nada es tan á propósito, dice el Nazianzeno, para conciliarlos la benevolencia de la Virgen, como la misericordia con nuestros prójimos. *Nulla rest est, quæ Virginis benevolentiam conciliet, ac misericordia*.

¡Oh dolor! Vese todos los días gran número de fieles concurrir á los ejercicios del Mes de María, en iglesias decoradas con elegancia, en altares rebosando flores, y hechos un ascua con las innumerables luces que en ellos arden, acompañados de cánticos armoniosos en honor de la Virgen, y elocuentes y floridos discursos pronunciados en el púlpito. Todo esto place y entretiene agradablemente á gran nú-

mero de personas. ¡Bendito sea Dios! Hay un bien en ello; no lo dudemos. Pero téngase presente que este bien no es sinó el principio de la importante obra de la santificación. Pararnos aquí, es como si nos parásemos en el vestíbulo, sin entrar dentro del santuario, que es el alma, el Corazón de María. Por eso cuando llega la estación peligrosa del estío, y los placeres del campo en las divertidas tardes del otoño, el pecado reina aún, como si Mayo no hubiera existido. ¿Donde están entonces los frutos de santidad que debía haber producido el Mes de María? ¿Qué se han hecho la modestia, la humildad, el recogimiento, el espíritu de oración, la caridad con el prójimo...? ¡Ay! Al devoto hijo de María, ó al que por lo menos se le cree tal, le separa una distancia inmensa de su Madre; en nada se parece á la que debía ser su perfecto modelo; en nada se conforma su vida con la vida de su Madre. ¡Oh desorden! ¡Oh ilusión! ¡Cuán diestro es el demonio! ¡A cuántas almas tiene engañadas en una falsa paz, en una seguridad deplorable!

Resueltos estamos, oh Madre amantísima, á complaceros este año. Comprendemos lo que queréis de nosotros y lo ejecutaremos. Sí; mañana vamos á saludar con transportes de gozo la primera aurora de este delicioso Mes que trae el título de *Mes de María*. No queremos que nos suceda lo que hasta aquí. Conocemos nuestros deberes, y con vuestro paternal auxilio, esperamos confiadamente llenarlos á vuestra satisfacción. No olvidaremos por un solo instante, que si sois la Reina de las flores, sois también el árbol más hermoso que la mano del celestial Agricultor ha plantado en el jardín de su Iglesia; árbol que produce frutos agradables á la vista y gratos al paladar. Meditaremos seriamente esta verdad, y nuestra devoción hacia Vos será como una fuente copiosa de bendiciones, que fecundizando nuestro pobre corazón, le disponga á producir frutos de vida eterna.

C. MARTÍN.

INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

PLAN.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.—Motivos de la institución del Mes de María.

SUBDIVISIONES.—1. El Mes de Mayo es el más bello de todos.—2. Tierna piedad hacia la Santísima Virgen.—3. Este mes es para María época de grandes consolaciones.—4. El Mes de Mayo es el más peligroso para la inocencia.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—Fin de esta devoción.

SUBDIVISIONES.—1. Sublimidad de este fin.—2. Santidad de este fin.

TERCERA CONSIDERACIÓN.—Ventajas de esta devoción.

SUBDIVISIONES.—1. Dón de perseverancia.—2. Indulgencias.

CUARTA CONSIDERACIÓN.—Medios para obtener los frutos de esta devoción.

(Véase la segunda parte del sermón precedente.)



*Mensis iste, vobis principium mensium,
primus erit vobis in mensibus anni...
celebrabilis solemnem Domino,*

Este Mes ha de ser para vosotros el primero entre los meses del año... y le celebraréis como fiesta solemne al Señor.

(EXOD. XII. 2. 1.)

DESDE el día para siempre memorable, A. H. M., en que la Santísima Virgen fué proclamada Madre nuestra desde lo alto de la Cruz por Jesucristo, se ha complacido la Iglesia católica en multiplicar los homenajes tributados al Santo Nombre de María, mirando como un deber suyo glorificar los inefables privilegios vinculados á su divina Maternidad. A este fin ordenó en honor de la Santísima Virgen una serie misteriosa de festividades que ha celebrado siempre con una pompa casi igual á la que despliega en las solemnidades del Divino Salvador. Así es que en cada año litúrgico, al mismo tiempo que renueva la memoria de los grandes misterios de Dios hecho hombre, desde su humilde nacimiento en Belén hasta su Ascensión triunfante á los Cielos, la enlaza con las hermosas fiestas de su augusta Madre, desde su oscura cuna hasta su Asunción gloriosa.

Por eso, si la Iglesia católica une sus votos á los suspiros de los